



DEL AGOTAMIENTO (DE) AL DESAFÍO A LAS INSTITUCIONES:
LA PERSPECTIVA JUVENIL

GT11: Comunicación y Estudios Socioculturales

Dra. Anajilda Mondaca Cota
Universidad de Occidente, Unidad Culiacán
anajilda1313 @gmail.com

Mtra. Gloria Magdalena Cuamea Lizárraga
Universidad de Occidente, Unidad Culiacán
gloria_cuamea@yahoo.com.mx

Resumen

El incremento de la violencia e inseguridad, derivadas del crimen organizado, devino agotamiento de las instituciones del Estado, crisis de legitimidad y desconfianza, principalmente en contextos permeados por el narcotráfico y la violencia, como la ciudad de Culiacán, Sinaloa, México. En una perspectiva sociocultural, mediante entrevistas, grupos de discusión y observación participante, se analizan las percepciones juveniles sobre instituciones del Estado –familia, escuela, Iglesia y las encargadas de la seguridad pública-. Se advierte desencanto y desconfianza hacia éstas, a las que perciben debilitadas ante el poder del narcotráfico. Los hallazgos nos permiten establecer que del agotamiento se pasó a la existencia de un vacío de poder cuando grupos criminales desafían a los gobiernos, no sólo por sus prácticas delictivas, sino por otras formas como las marchas realizadas en apoyo al narcotraficante Joaquín El Chapo Guzmán, a una semana de su recaptura.

Palabras clave: jóvenes-agotamiento de instituciones-narcotráfico-narcocultura-Estado.

Introducción

El crecimiento y la expansión de la violencia en México, desde 2006, ha provocado el desgaste del Estado y la sociedad, una crisis de poder y un evidente agotamiento de las instituciones, sumados a actos de corrupción y redes de complicidad entre la delincuencia organizada con instancias que dicen combatirla. Este material –que forma parte de las líneas de trabajo del proyecto *Expresiones culturales del narcotráfico*– propone identificar, analizar y explicar desde la perspectiva sociocultural, cómo la credibilidad de la sociedad en general –y la de los jóvenes en particular– hacia las instituciones se ha diluido en un Estado ausente de políticas y ofertas de futuro (ni del presente), sobre proyectos de vida estables, en entornos socioculturales dominados por la violencia y la inseguridad; espacios donde el narcotráfico instituyó su poder, como la ciudad de Culiacán, Sinaloa, México, considerada el epicentro de este fenómeno y de sus efectos *sociales culturales* conocidos como *narcocultura*.

Sin ser un estudio sobre jóvenes, el enfoque teórico se aborda a partir de la noción sobre *la juventud*, porque los jóvenes son un importante sector de la sociedad, su presencia es relevante no solamente porque constituyen un alto porcentaje de la población, sino porque su capacidad de agencia con significaciones de amplio alcance permite reafirmar la existencia de lo que llamamos *quiebre/agotamiento de las instituciones*, noción asociada a la *deslegitimación* del Estado. Se explican brevemente el narcotráfico y la narcocultura, fenómenos *sociales culturales* de

larga historia, así como sus efectos constituidos por objetos y productos que definen su institucionalización¹ en esta región del noroeste de México.

Para esta investigación con enfoque cualitativo se utilizaron técnicas de recopilación de información como la entrevista en profundidad, el grupo de discusión y la observación participante. Los resultados expuestos son producto del análisis del discurso, al que se entiende como *suceso de comunicación* «históricamente variable» (Fairclough, 1995:3) que utiliza el lenguaje para comunicar ideas o creencias, de los sucesos sociales, complejos y cotidianos.

Aproximaciones teóricas

Qué se dice de *lo juvenil*

Considerando que en México la mitad de la población es menor de 30 años (Inegi, 2011), hacer un acercamiento a *lo juvenil* es fundamental ya que los jóvenes son protagonistas elementales para entender los procesos que construyen imaginarios, percepciones, estilos de vida, identidades, etc., articulados a fenómenos sociales culturales configuradores de formas simbólicas de la cultura². En la noción de *juventud*, *joven* o *lo juvenil*, subyace un concepto escurridizo e inasible, se entiende como una construcción sociocultural contextualizada en el tiempo y el espacio, muestra un carácter *procesual* y *heterogéneo* (Feixa, 1996), mediado por condiciones sociales –normas, comportamientos e instituciones– que distinguen a los jóvenes de otros grupos de edad. Reguillo (2000) define *la juventud* como una «invención» de la posguerra, en la que «la sociedad reivindicó

¹ Término entendido fuera de los marcos jurídicos, con el cual la narcocultura y sus prácticas sociales evidenciaron acciones *normalizadas* y vinculadas al narcotráfico.

² Las formas simbólicas son configuradas por las prácticas sociales, experiencias, procesos y dinámicas de los actores, están presentes en expresiones, artefactos, acciones, acontecimientos y cualidades; se asocian con todo tipo de variables culturales como la subsistencia (alimentos, bebidas, entre otros), la arquitectura, la vestimenta, usos y costumbres, la organización del espacio y el tiempo, los valores, la religión, etc. (Giménez, 2007).

la existencia de los niños y los jóvenes, como sujetos de derechos y, en el caso de los jóvenes, como sujetos de consumo» (p. 23); pero también como sujetos excluidos de espacios como la escuela, el mundo laboral y la política formal, donde puedan construirse como ciudadanos e incorporarse a escenarios de la vida política, donde sus expresiones culturales, adscripciones identitarias, prácticas sociales, adhesiones a causas y procesos sociales, no queden fuera de lo social.

Destaca la *condición juvenil* como sujeto social porque los esquemas de representación del mundo y sus propios espacios de interacción son diferentes. Por tanto, se requiere entender el *ser joven* con «perspectivas interpretativo-hermenéuticas, [jóvenes] vistos con competencias para referirse a las entidades del mundo, como sujetos de discurso, agentes sociales capaces de apropiarse de y (movilizar) los objetos tanto sociales y simbólicos como materiales» (Reguillo, 2012a:30). Significa que los actores no sólo registran continuamente el fluir de sus actividades y esperan que otros hagan lo mismo, sino que reconocen de manera habitual aspectos sociales y físicos de los contextos en los que se mueven y actúan (Giddens, 2006).

Del narcotráfico, el Estado y la narcocultura

El poder, la fuerza y trascendencia del narcotráfico sólo se conciben bajo la protección de un sistema de gobierno aliado mediante la corrupción y negociación de intereses económicos y políticos. El peso y la sombra del narco-mundo es más que corrupción y coacción, su presencia adquiere una importancia mayor como entidad económica, ya que infiltra las economías legítimas y se relaciona con negocios y socios legítimos, puesto que los beneficios que deja a la economía de un país, los empleos y la infraestructura que crea, los vacíos que llena ahí donde el Estado no llega, crean ausencia de poder, pero también condiciones para

instalar mayores desafíos del propio mundo narco (Chabat, 2005). Ante esto, la emergencia de diferentes objetos y productos simbólicos culturales derivó en lo que hoy llamamos *narcocultura*, en respuesta a un proceso de acciones y acuerdos entre los involucrados, quienes –en la medida en que fueron ampliando sus redes de negocios y complicidades– aumentaron su capacidad de control y expansión de los mercados, de tal manera que «por medio de una serie de mecanismos de legitimación se alejó, poco a poco, de la etiqueta de estigmatización y transmutó con atributos de normalidad, [que] gestó un *ethos* de significados compartidos» (Sánchez, 2009:92). Así, al instaurarse social y culturalmente, se legitimaron y visibilizaron formas de transgresión extendiendo los hábitos y las prácticas sociales del campo a la ciudad. Pasó de ser una *subcultura* en su origen, a una *narcocultura legitimada*, que generó violencia constante, formación de redes de complicidades y de protección, dispendio de bienes y dinero en distintos ámbitos y sectores de la sociedad. Surgen los mitos llevados por la «dominación de tipo carismática con la reencarnación del narcotraficante en el nuevo bandolero social» (Sánchez, 2009:92). Este proceso conformó un orden paralelo al poder legitimado al involucrar sujetos en *el negocio* jugando un mismo papel en el lado legal como en el ilegal, una *paralegalidad*, con «sus propios códigos, normas y rituales que al ignorar olímpicamente a las instituciones y al contrato social, se constituye paradójicamente en un desafío mayor que la ilegalidad» (Reguillo, 2008:3) puesto que nace y permanece en los límites de los actos de corrupción.

Del quiebre y agotamiento de las instituciones

La globalización implica transformaciones en todos los ámbitos de la realidad, tanto a nivel macroeconómico como de las relaciones sociales y personales. Esto genera malestar e incertidumbre, y, consecuentemente, el debilitamiento de la institucionalidad y de los relatos que dan cohesión y sentido al orden social.

Aunado al retroceso del Estado benefactor, el poder del mercado y de los medios de comunicación, el descrédito de las instituciones y actores tradicionales (partidos, iglesias, sindicatos), la migración, la fuerza del crimen organizado, se va constituyendo «un entramado complejo, sistémico, multidimensional» (Reguillo, 2012b) en el que tres procesos agudizan en los ciudadanos un sentimiento de indefensión y crisis expandida: el agotamiento institucional, una crisis severa en el orden de la inclusión (laboral, educativa, económica, cultural), y la percepción expandida de una inseguridad creciente, la creencia de que el crimen organizado le está ganando la batalla al Estado (Reguillo, 2007).

Por otra parte, la incapacidad del Estado de proveer a los ciudadanos el bienestar social al que tienen derecho, propicia una desviación o ruptura de las normas sociales que conduce al incremento de las conductas desviadas por parte de algunos individuos o grupos sociales, visibilizado en la evasión de las responsabilidades cívicas, corrupción, contaminación ambiental, adicciones, violencia, crímenes, impunidad, entre otras profundas transformaciones espontáneas o inducidas de las actitudes sociales hacia la delincuencia y la ilegalidad. La violencia se ha vuelto un riesgo cotidiano particularmente en regiones donde está vinculada al proceso de empobrecimiento, generando con ello condiciones de exclusión educativa y laboral para una gran parte de la población (Briceño-León, 2002), fundamentalmente los jóvenes quienes son los más expuestos a altas expectativas de consumo que no pueden satisfacer por las vías socialmente aceptadas, por lo que algunos optan por la violencia como una vía para construir su identidad y satisfacer económicamente sus aspiraciones. Este proceso de violencia delincencial se ve acompañado de un incremento en la violencia policial, resultando en grandes costos psicológicos y económicos para la población y agravando la desconfianza e ineficiencia del sistema de justicia (Briceño-León, 2002). Conforme el pacto social del Estado, que prometía el ascenso social y económico a través de la formación de jóvenes profesionistas,

dejó de cumplirse –y el grado académico dejó de garantizar la movilidad social–, la figura del criminal, en su vertiente de narcotraficante, fue afianzándose cada vez más en el imaginario social como una alternativa atrayente para alcanzar un estatus económico satisfactorio.

En México, los elementos que explican el poco aprecio por la vida institucional, además de históricos, provienen tanto del modelo económico imperante, como de los mecanismos con los que se ha buscado normar el orden social. Las instituciones del Estado mexicano –y los funcionarios responsables de ellas– carecen de legitimidad al permitir que la violación a las leyes se convierta «en algo natural y también la búsqueda de arreglos informales para evitar las sanciones correspondientes» (Guillén, 2007:35). Esos arreglos informales por lo general se realizan al margen de las leyes, suplantando las ausencias institucionales. Son en sí mismas manifestaciones disruptivas del orden social «y, sin embargo, se convierten en parte de los engranajes que permiten la reproducción del mismo» (Guillén, 2007:32). La crisis institucional tiene sus más altos niveles y sus más críticas consecuencias en el aparato de justicia. En la población hay desconfianza y desesperanza generalizadas en contra del gobierno y sus instituciones, por la corrupción e impunidad prevalecientes. Es del conocimiento público que entre funcionarios, miembros de las corporaciones policiacas y narcotraficantes se han tejido redes de complicidad. Hay localidades del país donde las organizaciones de narcotráfico imponen sus propias leyes y gobernantes, cobran sus propios impuestos, mantienen cooptadas a las autoridades locales y silenciados a los medios de comunicación. La pérdida de credibilidad del Estado se contrapone con la demostración de poder de los narcotraficantes y su legitimación social: una significativa franja de la población se identifica con ellos en cuanto a sus anhelos, prácticas, gustos y valores; los percibe como hombres valientes y poderosos que siempre consiguen lo que quieren, por lo que suponen que entrar a este mundo les permitirá salir del extremo olvido por parte de las autoridades.

En este contexto, el análisis del discurso juvenil arroja visiones sobre el agotamiento de las instituciones a partir del resquebrajamiento social derivado de la llamada *guerra contra el narcotráfico* que, además de contar muertos, se convirtió en un *lugar común* cuestionando al Estado la insensibilidad y falta de estrategias eficaces e inteligentes, para enfrentar el problema desde un enfoque estructural que atendiera sus causas y no sólo sus efectos.

De la metodología

Lo cualitativo ocupa un primer plano por tratarse de datos observables, observados y analizados desde una posición en la que no sólo se planteen los puntos de vista de quien investiga, sino ensamblar la voz, las interpretaciones y percepciones de los informantes, de las fuentes documentales y de lo que se observa. Para efectos de esta investigación los instrumentos utilizados fueron la entrevista –en profundidad y colectiva–, grupo de discusión, así como la observación directa realizada durante las marchas para apoyar a Joaquín El Chapo Guzmán, en Culiacán. El perfil de los jóvenes informantes incluyó los criterios de edad, género, escolaridad, procedencia (urbana/suburbana), estatus socioeconómico y religiosidad (católico/no católico). En las conversaciones se trataron diversas temáticas relacionadas con el narcotráfico, entre otras: narcocorridos, imaginarios de éxito, poder e ilegalidad, agotamiento de las instituciones.

Como inicio del grupo de discusión, tal como recomiendan especialistas, se recurrió a un estímulo *provocador* de la interacción acorde con la temática central, en este caso se mostró a los participantes un video del narcocorrido *Pacto entre*

*grandes*³. Esto dio pie a la observación de las reacciones y el inicio de la interacción. La técnica del grupo de discusión conjuga representaciones, opiniones, actitudes, comportamientos, sistemas simbólicos, relaciones de poder y negociaciones, sobre un tema específico. Aquí el investigador conductor del grupo interpreta lo interpretado por otros, pero en la perspectiva de los participantes y la suya propia, esto es, una interpretación de segundo orden (Ibáñez, 1994). Siguiendo a Petracci (2007), indagamos las prácticas y opiniones de los participantes sobre lo que piensan, pero también «cómo y por qué piensa[n] como piensa[n]» (p. 77). Esto guarda relación con la técnica del análisis del discurso desde la perspectiva sociocultural, en tanto que los contextos en los que se inscriben los discursos juveniles, representan «espacios sociales donde dos procesos sociales fundamentales se producen simultáneamente: conocimiento y representación del mundo, e interacción social» (Fairclough, 1995:11).

Análisis de las formas políticas del desencanto⁴

El narcotráfico y la narcocultura se expresan de múltiples formas en diversos espacios. Para entender sus manifestaciones recurrimos a los jóvenes en tanto actores sociales que viven y reflexionan sobre una realidad, en una acción permanente de la cotidianidad (Giddens, 2006) donde la percepción de *las formas políticas*⁵ refiere un Estado deslegitimado. Así, el análisis del discurso juvenil es fundamental para entender la producción de sentido en torno a la relación entre Estado y narcotráfico en la que se advierte un desencanto derivado del agotamiento de la institucionalidad, concretamente las instancias de seguridad del gobierno, la escuela, la familia y la Iglesia.

³ En el relato musical los *grandes* del Cártel de Sinaloa proponen al presidente Felipe Calderón hacer un pacto en el que éste les permita continuar sin problemas *el negocio*, a cambio de *un millón al mes*. Disponible en: https://www.youtube.com/watch?v=KTPQIDZ_zW0

⁴ Las cursivas aluden a la obra de Reguillo (2012a): *Culturas juveniles. Formas políticas del desencanto*.

⁵ Las formas políticas se refieren a formas de Estado, formas de gobierno y formas de ejercer el poder.

Como explicamos en el apartado de metodología, el inicio de la discusión grupal partió de la proyección del video *Pacto entre grandes*. A la escucha atenta sobreviene la reacción: los jóvenes asociaron el narcocorrido con el contexto actual asumiendo lo cantado como real, tal como refieren las distintas narraciones: «los carteles se pelean las plazas y entonces Sinaloa se ha distinguido porque siempre ha querido tener la mayor parte del territorio [...] lo que dice la canción en este caso sí está acorde a la situación» ya que «la violencia nunca se va a acabar [...] aunque vayan matando a grandes capos todo va a seguir». Se infiere la existencia de un Estado débil y fallido, en el que el rompimiento de las normas incrementa los índices de delitos, no solo individuales sino de grupos, generando con ello ambientes de impunidad e ilegalidad.

En las percepciones sobre instituciones concretas, como las encargadas de la seguridad, prevalece la idea de que éstas y los propios gobiernos no atienden la problemática, se les señala como parte de la misma delincuencia que dicen combatir, pero sobre todo, se les percibe como sinónimos de corrupción y de ilegalidad, situación que tiende a ser vista como algo *normal, naturalizado*, según se infiere de la expresión de una joven participante en el grupo:

[...] yo digo que todos son narcotraficantes, incluso el gobierno, nada más que ellos [...] tienen otra máscara, se ponen traje, se ponen corbata, y el narco no, usa nada más gorra, tenis, mezclilla, para mí es lo mismo, a lo mejor es el cartel del gobierno [...] siempre va a ver una persona corrupta dentro del gobierno, siempre.

Se percibe un Estado carente de legitimidad, con estructuras en franco desgaste cuando los arreglos o transacciones fuera de las leyes y las normas sociales se naturalizan y reflejan impunidad.

Del otro lado, la escuela y la familia. Como parte nuclear de la sociedad, la familia transita por varias dimensiones: es la primera institución educativa anterior a la escuela porque media entre el aprendizaje y el desarrollo de sus miembros; es esencial para la calidad de vida de sus integrantes; a partir de ella se construye la vida cotidiana. Con esta base los actores construyen sus proyectos de vida, sus aspiraciones, sus deseos de bienestar.

No obstante lo anterior, la enunciación de una entrevistada muestra indicios de la necesidad de atención hacia los miembros de la familia para hacer frente y resistir el fenómeno del narcotráfico:

[...] así se le recalque todos los días en la escuela sobre no violencia, sobre no corrupción, tienen que ver lo que les inculcan en casa [...] yo puedo impartir clases, pero el niño viene con otras cosas de casa, me ha tocado niños que llevan armas, que dibujan carros, joyas, dinero y todo [...] entonces no nos damos cuenta cómo está influyendo desde el niño, la maestra les dice no usen armas, no usen esto, si llega a casa y vuelve a ver lo mismo y así va a crecer.

Se advierte, por tanto, la incongruencia entre lo deseable de la institución familiar y la realidad observada por los jóvenes, permeados por la desesperanza.

En la escuela, las políticas públicas de *inclusión* educativa contrastan con la creciente exclusión no sólo en el orden escolar, sino laboral y cultural: el grado

académico dejó de representar garantía para acceder a una vida deseable, perdió interés o ha resultado inaccesible, sobre todo para jóvenes de sectores precarios y vulnerables, quienes atraídos por la vida (corta) de lujos que el mundo narco les ofrece, ven en éste una alternativa para alcanzar un estatus económico satisfactorio, y al mismo tiempo van configurando imaginarios, aspiraciones e idealizaciones fácticas, pero también preocupación, desesperanza e incertidumbre, como se aprecia en las siguientes expresiones juveniles del grupo de discusión y de entrevistas:

¡Ah! pues sí está fuerte, la inseguridad como algo que no tienes garantizado [...] es muy pesado en el sentido mismo del desempleo, pues [...] ahí te quedas tú, ¡ay! qué caso tiene estudiar mucho y vas a salir y no va a haber trabajo, no vas a poder trabajar de lo que tú quieres o de lo que estudiaste.

Yo digo que tratan de orientarte dándote pláticas, conferencias de todos los problemas que están viendo a diario de la violencia, porque yo veo que la gran mayoría de los jóvenes ya no quieren seguir estudiando porque dicen: yo voy a ser narco, de las armas, la violencia y todo eso, yo digo que también está en los jóvenes, en su forma de pensar.

Ante el poder del narcotráfico, lo deseable es que el Estado y sus instituciones construyan una oferta de futuro congruente con las demandas de la población vulnerable, que encuentra en el narcotráfico una opción de vida, producto de una circunstancia histórica, como se puede apreciar en este discurso:

Aquí hay mucho narcotráfico, en Culiacán, creo que es una de las principales fuentes de trabajo que hay aquí, ilícita, pero pues la gente tiene necesidades y busca con qué cubrirlas en el sentido del trabajo, creo que eso afecta la falta de empleos, hace que mucha gente quiera ganar dinero más rápido.

Esta circunstancia, pareciera que en el imaginario social, ha quedado arraigada con una aceptación casi estoica, difícil de eludir.

La Iglesia como institución es un sistema cultural con capacidad de poder y de control. En los jóvenes, se observan indicios de desconfianza hacia la Iglesia católica centrados en la idea de la existencia de vínculos con el narcotráfico en dos vertientes: una de índole religiosa, con la creencia y la fe en figuras religiosas pensando que la devoción –a San Judas Tadeo, por ejemplo– contribuirá con el éxito en el trasiego de drogas; otra, de índole económica, vinculada a las llamadas *narcolimosnas*, que implica un entramado de complicidades y acuerdos para ganar la gloria «pagando con dinero los pecados», como señalan los jóvenes.

De todo esto, las percepciones juveniles en torno al agotamiento de las instituciones complejizan el panorama, según se infiere en lo siguiente:

Porque ¿cómo pueden influir en el individuo? Ni la iglesia, ni el gobierno, ni la escuela, ni la familia, o sea, cómo salir, ya no es un bache, es un hoyo, cómo salir de ésta. En la escuela nos han enseñado que debemos actuar, depende del contexto en el que nos encontremos, y estamos en Sinaloa, y no nos pide que actuemos como un

narcotraficante, pero todo lo que vemos es eso, el narcotráfico.

Se observa que los jóvenes como actores situados son conscientes del debilitamiento institucional, especialmente en un entorno marcado por el narcotráfico como Culiacán. La preocupación, la desesperanza, la incertidumbre y el desencanto de los jóvenes, nos permiten inferir que *las formas políticas* no han contribuido a un bienestar social, por el contrario han generado ausencias suplantadas por el narcotráfico y su poder instituido.

Este poder se acentuó por un hecho que se constituyó en desafío: las marchas para exigir la libertad de Joaquín El Chapo Guzmán a pocos días de su reaprehensión, lo cual consideramos una reafirmación de ese agotamiento de la institucionalidad; como veremos en el apartado siguiente.

¿Y después del agotamiento qué? El desafío al estado marcha por las calles

Se sabe que una significativa franja de la población se identifica, por un lado, con el estilo de vida de los narcotraficantes, a quienes los percibe como hombres exitosos e inteligentes por su capacidad negociadora, y poderosos ante sus enemigos; por el otro, con el mito del *narco benefactor* que cubre las necesidades que el Estado no satisface. Una de estas figuras míticas es Joaquín El Chapo Guzmán⁶, quien se mantuvo prófugo por más de trece años, durante ese tiempo, en el imaginario social se configuró una serie de atributos, en su mayoría expresados y difundidos a través de narcocorridos, en los que se exalta no sólo su figura, sino la lealtad, el agradecimiento y la admiración hacia él. Mientras el gobierno mexicano se congratulaba por el éxito de su reaprehensión –el 22 de

⁶ El líder más conocido del *Cártel de Sinaloa*, organización dedicada al narcotráfico en más de 50 países.

febrero de 2014–, un hecho inédito evidenció el vacío de legitimidad del Estado suplido por la *legitimación* de la figura del Chapo Guzmán: la movilización social organizada a favor de él.

La ciudad de Culiacán fue el escenario de dos marchas⁷ en las que contingentes de más de mil personas recorrieron la principal avenida para manifestar su apoyo y exigir la no extradición del narcotraficante, incluso su libertad, en un explícito desafío a las instituciones gubernamentales. En una de las mantas⁸ –portadas principalmente por jóvenes– se leía:

Sr. Presidente: Por medio de esta marcha, queremos hacerle saber que tanto familia como amigos y el pueblo, no procederá a atacar al gobierno como ellos lo han hecho creer. Esta marcha es en son de paz. El pueblo exige le hagan valer y respetar sus derechos como ciudadano

El discurso alude a una figura de autoridad para *legitimar* la movilización de al parecer tres actores, quienes apelan a dos valores universales: la paz y los derechos ciudadanos, ante lo que se interpreta como una acusación previa de otro actor al que se señala pero no se nombra.

Al asociar el discurso anterior con el video de entrada al grupo de discusión, encontramos que más allá del desafío implicado, ambos muestran el desdibujamiento de la figura presidencial, expuesta como un actor más al que, por un lado, se le propone un *pacto entre grandes*, es decir, entre iguales, y por el otro, se le exige, paradójicamente, la libertad y el respeto de los derechos de un delincuente que ha hecho de la transgresión un estilo de vida. Aun cuando

⁷ La primera, realizada el 26 de febrero; la segunda, el 2 de marzo.

⁸ Se ha respetado la escritura original de los textos.

aparentemente hay un deslinde de violencia, otro de los textos se contrapone al expresar lo que se puede entender como amenaza:

No queremos otra guerra. Liberen al Chapo

Uno de los *modus operandi* del *narcomundo* es la amenaza, en esta lógica, se advierte no sólo eso, sino el desafío hacia la figura de autoridad tratada en igualdad de poder. Por tanto, la demanda es imperiosa y justificable.

La figura del Chapo Guzmán «devino leyenda, mito, modelo y figura clave en el mapa-horizonte cultural y social» (Reguillo, 2014); un emblema de éxito y poder, un mito construido por la multiplicación de historias que exaltan sus atributos como hombre poderoso benefactor de los excluidos, encarnado en las marchas. La *legión del Chapo* (Reguillo, 2014) hizo sentir la presencia del líder ausente coreando al unísono «se ve, se siente, el Chapo está presente», mientras se apropiaba de la calle. En tanto, las expresiones de apoyo y agradecimiento fluían:

El Chapo es defensor y protector del pueblo, exigimos su liberacion

Chapo Gracias por cuidarnos de: secuestros, robos y cuotas

Te apoyamos!!! No a la extradición

Las marchas reprodujeron la narrativa que ha moldeado el relato de un personaje todopoderoso que desafía la legalidad y quebranta las instituciones del Estado. Un mito que «es más firme cuando la gente percibe a la autoridad como corrupta e ineficiente y en la que no se puede ni debe confiar» (Hernández Norzagaray, 2014), esto refleja no sólo el desgaste del Estado, sino refleja también, como hemos venido observando, la falta de respeto y descalificación a la figura de autoridad, como veremos en los siguientes textos:



Al Chapo se le quiere y se le respeta mas que a cualquier MANDATARIO

Peña Nieto deberías estar agradecido por que el «Chapo» te sentó en la presidencia «No queremos que lo extraditen». El si ayuda a los pobres mas que las ratas del Gobierno.

Esta serie de expresiones evidencian lo que hemos llamado agotamiento de las instituciones, devenido desconfianza y desencanto social para los jóvenes en estudio, que contrasta con la demostración de poder y el desafío al Estado por parte de los grupos a los que éste pretende combatir.

Consideraciones finales

En Sinaloa, los vacíos de autoridad resultantes de la debilidad y la corrupción de las instituciones del Estado, históricamente han sido ocupados por el narcotráfico en connivencia con sectores de la población donde los narcotraficantes surgen, se protegen y operan, desde hace décadas. Por otro lado, al quiebre institucional se le suma la debilidad de la sociedad civil, atemorizada y atomizada tanto por la violencia que ejercen las organizaciones de narcotraficantes, como por el abuso de la *violencia legítima* del Estado, la paralegalidad, la criminalización, y la incapacidad estatal para garantizar el respeto de los derechos humanos. Al respecto, los jóvenes participantes en el estudio son conscientes de ese debilitamiento. Sus expresiones de preocupación, desesperanza, incertidumbre y desencanto, nos permiten entender que la actuación del Estado, es decir, *las formas políticas*, se han distanciado del bienestar social y acrecentado con ello los vacíos que el narcotráfico y su poder instituido han ocupado. En efecto, uno de esos vacíos, como es el de autoridad, se constata con el desafío representado por las marchas y sus discursos, en los que expresiones como «No queremos otra



guerra. Liberen al Chapo» adquirieron tonos de reto lanzado en condiciones de igualdad de poder, en el que el perdedor fue el Estado.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Briceño-León, R. (2002). La nueva violencia urbana de América Latina, en *Sociologías*, versión en línea, no. 8, p.p. 34-51, julio-diciembre, recuperado de: <http://www.scielo.br/pdf/soc/n8/n8a03.pdf>
- Chabat, J. (2005). Narcotráfico y estado: El discreto encanto de la corrupción, en *Letras Libres*, versión en línea, recuperado de: <http://www.letraslibres.com/revista/convivio/narcotrafico-y-estado-el-discreto-encanto-de-la-corrupcion>
- Fairclough, N. (1995). General introduction, en *Critical discourse analysis. The critical study of language*. Traducción y adaptación de Federico Navarro, London and New York: Longman, pp. 1-20
- Feixa, C. (1996). De las culturas juveniles al estilo, en *Revista Nueva Antropología*, octubre, 15 (050), 71-89. México: Nueva Antropología AC.
- Giddens, A. (2006): *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Giménez Montiel, G. (2007). Cultura e Identidades, en *Estudios sobre la cultura y las identidades sociales*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente
- Guillén, D. (2007). Democracia, manejo institucional y pobreza: Apuntes sobre la historia reciente de México, en *Análisis Político*, mayo-agosto, 20(60), 31-43, recuperado de:

<http://www.scielo.org.co/pdf/anpol/v20n60/v20n60a02.pdf>

Hernández Norzagaray, E. (2014). El mito tras las marchas, en *15diario.com*, recuperado de:

<http://www.15diario.com/hemeroteca/15diario/hemeroteca/2014-03-11/hernandez11.html>

Ibáñez, J. (1994). *El regreso del sujeto. La investigación social de segundo orden*. Madrid: Siglo Veintiuno de España Editores, S.A.

INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA Y GEOGRAFÍA (2011). *Informativo oportuno, Conociendo... nos todos*, 1 (1). México: INEGI, recuperado de: <http://www.inegi.org.mx/inegi/contenidos/espanol/prensa/contenidos/Articulos/sociodemograficas/mexico-jovenes.pdf>

Petracci, M. (2007). La agenda de la opinión pública a través de la discusión grupal, en Kornblit, A. L. (coord.): *Metodologías cualitativas en ciencias sociales. Modelos y procedimientos de análisis*, (2ª ed.) Argentina: Editorial Biblos.

Reguillo, R. (2000). Anclajes y mediaciones del sentido. Lo subjetivo y el orden del discurso: un debate cualitativo, en *Revista Universidad de Guadalajara*, (17), nueva época. Universidad de Guadalajara.

Reguillo, R. (2007). Condensaciones y desplazamientos: las políticas del miedo en los cuerpos contemporáneos, en *e-misferica. Body matters/corpografías*, no. 4.2., noviembre, New York: Hemispheric Institute. NYU, recuperado de: http://hemisphericinstitute.org/journal/4.2/esp/es42_pg_reguillo.html

Reguillo, R. (2008). Retóricas de la seguridad. La in-visibilidad resguardada: Violencia(s) y gestión de la paralegalidad en la era del colapso, en *Alambre. Comunicación, información, cultura*. nº 1, marzo de 2008.

Reguillo, R. (2012a). *Culturas juveniles. Formas y políticas del desencanto*. Buenos Aires: Siglo veintiuno editores.

Reguillo, R. (2012b). Horizontes fragmentados: una cartografía de los miedos contemporáneos y sus pasiones derivadas, en *FELAFACS, Revista de la Federación Latinoamericana de Facultades de Comunicación Social*, no.75, septiembre-diciembre, recuperado de:

<http://www.dialogosfelafacs.net/horizontes-fragmentados-una-cartografia-de-los-miedos-contemporaneos-y-sus-pasiones-derivadas>

Reguillo, R. (2014). La narco máquina ya no necesita Chapos, en *Anfibia*, febrero, Buenos Aires: UNSAM, recuperado de:
<http://www.revistaanfibia.com/cronica/la-narco-maquina-ya-no-necesita-chapos>

Sánchez Godoy, J. A. (2009, enero-junio). «Procesos de institucionalización de la narcocultura en Sinaloa», en *Revista Frontera Norte*, 21 (41).